



**Francisco González, 79 años.**  
**Miriam Meda, 18 años.**

## Entre pequeños olvidos y grandes recuerdos

Francisco nació hace ochenta y seis años, en 1919. No recuerda muy bien lo que cenó anoche, pero es capaz de describir a la perfección cómo era el pantalón corto y la cartera de cuero con hombreras que llevaba a la escuela, sus libros de aritmética, los tinteros, el mandil y las clases de taquigrafía. Sus padres pagaban por esta educación cinco pesetas al mes.

Su futuro en esa época se convirtió finalmente en un espejismo. Ya cumplidos los dieciséis años estudiaba para ser recaudador de cédulas de identidad, es decir, lo que ahora se conoce como DNI. Quién le iba a decir a él que setenta años después la firma iba a ser hasta electrónica. Cómo pasa el tiempo. Igual que cuando estalló la guerra que le partió en dos sus ilusiones. Llegó de repente, violenta y mortal.

En medio de tanta destrucción fratricida, se casó y tuvo dos hijos. En 1942, con veintidós años, el servicio de Correos llevaba cada día las esperanzas de muchos españoles dentro de un sobre, en forma de contrato para trabajar en el extranjero. Francisco también quiso probar suerte y fue hacia Suiza, a un pueblo llamado Vevey. Allí vivían sus tios, su familia durante los tres años de estancia en el exterior, ya que su esposa e hijos se quedaron en Madrid. Eran tiempos en los que se arriesgaba mucho viajando sin un contrato ya asegurado, porque era muy complicado encontrar empleo una vez presentes en el país de destino.

Trabajando de albañil conseguía a duras penas mantenerse y enviar los marcos franceses en giros postales que permitían comer a sus seres queridos en España. Eran peones o, como los llamaban, maçons. Cuando iban al bar y pedían una cerveza, tenían que decir bière! Y es que en su cantón se hablaba francés. Suiza es un país multilingüe donde hay cuatro lenguas nacionales: alemán, francés, italiano y romanche. Francisco no entendía muy bien las órdenes que le daban sus patrones italianos, que además les pegaban cuando no hacían correctamente el trabajo. Así que, a la fuerza, aprendió a desenvolverse en el nuevo idioma en poco más de tres meses.

Afortunadamente, la Segunda Guerra Mundial no afectó a su nueva vida. Suiza se mantuvo neutral en el conflicto. Dos guerras hubieran sido demasiado dolor. Por suerte, no pasó hambre. Cocinaba conejo o pollo con tomate, y le duraba para la comida y la cena de un día. A veces degustaba carne de caballo criado específicamente para su consumo, como hacían antaño aquí en Madrid, en Tetuán.

En cuanto al ocio, no había demasiado que hacer. Sin cines ni teatros, le gustaba tomar bières con sus compañeros de trabajo alemanes, italianos y suizos. En los ratos libres podía coger el funicular que iba a Francia para pasar la tarde y merendar, o bien viajaba a bordo del "barco-submarino" que cruzaba el lago Léman: "era un submarino que iba por la superficie del lago". Todo el trayecto en menos de una hora.

A pesar de la tranquilidad de Vevey, Francisco volvió en 1945. La situación de estar lejos de la familia y tener que repartir el sueldo que ganaba en el mantenimiento de dos hogares se tornaba insostenible. Aquí en España trabajó en diferentes tareas. En la prolongación de la Castellana, la que iba de la Plaza Castilla hasta Raimundo



Fernández Villaverde, donde el estanque y lo que llamaban el Hotel del Negro, donde se emplazan actualmente los juzgados. Allí él se encargó de cargar vagones de tierra que sus compañeros sacaban para encontrar un terreno firme donde poder construir. Su paisaje diario era un solar con tubos de cemento.

Luego trabajó en una empresa de mercancías en la calle Murcia número 4, desde donde se mandaban los encargos a lugares como Alicante, Ciudad Real, Campo de Criptana o Alcázar de San Juan. La corporación luego se trasladó, primero al Paseo de Extremadura y más tarde a la calle Cilla. Siempre es una cuestión de geografía. Su segunda mujer, Florentina, es una segoviana que describe con una sonrisa cómo son los cochinitos que sirven en Casa Cándido. Y hijos y nietos de él, ya mayores, viven en Burgos.

Francisco no recuerda muy bien lo que cenó anoche. Pero no le duele nada, tiene una salud de hierro, ni siquiera la neumonía del año pasado logró doblegarle. Y se acuerda a la perfección del matrimonio español que le ayudó a ir desde la estación de Ginebra hasta Vevey (ya que él no entendía el suizo ni el francés), de las cédulas que nunca pudo recaudar, de los marcos franceses y del depósito de Plaza Castilla que abastecía a la gran parte de Madrid.

## Lo importante de la vida

Francisco relata con sencillez las lecciones que ha aprendido en sus más de ochenta años de existencia. Sus conclusiones no son enrevesadas y pueden resumirse en una sola: lo más bonito es descubrir que, con tan sólo salir a la calle, uno aprende cosas nuevas cada día. Él cree que tanto nuestro principio como nuestro fin está escrito de antemano. Es lo que comúnmente se denomina destino: "Tenemos un día de nacimiento y un día de fallecimiento. La vida merece ser vivida por el simple hecho de nacer".

Tiene claro que en el camino que todos recorremos le tocó en suerte una buena salud. El tener salud es como un don que no debemos menospreciar y que, muy agradecido, él conserva todavía con una sonrisa.

"Queramos o no, la vida ha de ser vivida". Y, además de aprender, le gusta compartir lo conocido: "¿Cuándo vas a ir a Suiza, a Vevey? Si algún día viajas allí, pregunta por Conterio y Granolli, eran mis patrones, aunque no creo que vivan, porque ya eran mayores cuando yo fui. Merece la pena que conozcas aquello".